



DON JUAN DE AUSTRIA O LA VOCACION

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

FELIPE II
Don JUAN
Don RODRIGO QUESADA, del Consejo de S. M. Carlos V.
Don PEDRO GOMEZ
CARLOS V
EL PRIOR DEL CONVENTO DE JERONIMOS DE YUSTE
FRAY LORENZO

FRAY TIMOTEO
PABLO, novicio de quince años
RAFAEL }
DOMINGO } criados de don Rodrigo
GINÉS }
Doña FLORINDA SANDOVAL
DOROTEA, dueña
UN UGIER DEL PALACIO
Cortezanos, Ugieres, Alguaciles, Frailles, Guardias, etc.

ACTO PRIMERO

Una librería en casa de don Rodrigo: en los alrededores de Toledo.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, GINÉS con bujías en la mano, DOMINGO

ROD. Alumbra, Ginés. Véalos yo después de tres días de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros... (*Separando las*

luces que Ginés acerca.) ¡Eh! no tan cerca; ¿quieres hacer un auto de fe con mi biblioteca? ¡Por Santo Domingo! esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. ¿No debo á su intervención la conversión á Dios del mozo más mundano de entrambas Castillas? ¡Pobre don Juan! ¡Sepultar dentro de un hábito tan raras y tan altas prendas! Pero así lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha

jurado no reconocerle sino con esta condición.) ¿Eh? Paréceme que oigo ruido en su aposento. (*Acercándose á una puerta lateral.*) Don Juan, hijo mío, ¿no dormís? *Una voz de adentro.* Padre y señor, estoy en oración.

ROD. ¡Santa palabra! (*A don Juan.*) Proseguid, hijo mío; mi regreso después de tan corta ausencia no ha de turbaros en vuestros piadosos deberes hacia el Padre común de todos los hombres. (*A Ginés.*) Ven hacia esta parte, y hablemos bajo. Ginés, ¿qué ha hecho mi hijo durante mi viaje? ¿Ha asistido todos los días al templo á la hora acostumbrada?

GINÉS. A la hora acostumbrada.

ROD. ¿Su estancia en él era larga?

GINÉS. Larga.

ROD. ¿Al ir ó al volver no has visto nada sospechoso?

GINÉS. Nada sospechoso.

ROD. ¿No has recibido para él ninguna carta?

GINÉS. Ninguna carta.

DOM. Fuera de esta. (*Deslizándola por debajo de la puerta de don Juan.*) Ya está en el buzón.

ROD. Estoy satisfecho. Sírveme siempre con el mismo celo.

GINÉS. Con el mismo celo.

ROD. ¡Es un eco este asturiano! Una mula he tenido de su tierra, que gastaba más palabras. Pero fiel.—A tí, Domingo. ¿Qué hizo mi hijo el día de mi partida?

DOM. Levantóse un tanto triste. Acompañéle en sus devotas oraciones, y, si no lo habéis á enojo, hícele pie para el almuerzo.

ROD. Veo que si tomas parte en sus devociones, no olvidas sus desayunos.

DOM. Suéleme decir que reza con más fervor cuando estoy á su lado, y que almuerza con mejor apetito.

ROD. (Este es más suelto que el otro. Ha andado tres años al servicio de un canónigo.) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Le leí para edificarle un sermón del padre Fresneda... pero pesa mí...

ROD. ¿Se durmió?

DOM. No, sino antes del Ave María...

ROD. ¡Oh! ¿qué? ¿no le recordabas los grandiosos hechos del reinado anterior?

DOM. Temí que el nombre de Francisco I despertase en él sus antiguas imaginaciones marciales.

ROD. ¿Francisco I sigue pues siendo su héroe?

(Extraña fantasía en un hijo de Carlos V.) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Acostóse como de costumbre al caer del día, y reposó con un sueño tan tranquilo como su conciencia; díjome á la mañana que los ensueños que había tenido hubieran honrado á un padre del yermo.

ROD. ¡El gozo ha de matarme! Hace seis meses, Domingo, cuando don Juan parecía cuidar más del mundo que de su salvación, ¿quién hubiera creído que habíamos de ver jamás tan milagrosa conversión? Modelo es de buena crianza. Da las llaves.

DOM. Aquí están todas. (Salvo la buena.)

ROD. Ahora no pudiera salir sin mi licencia.

DOM. (Pero entrará con la nuestra.)

ROD. Podéis recogeros. Tomad para vosotros. (*Les da dinero.*) Y Dios os guarde.

GINÉS. Dios nos ayude.

ROD. No, no; no pecará por palabra de más.

ESCENA II

DON RODRIGO

Estoy fatigado. (*Sentándose.*) Bueno será ver si no he perdido en el viaje alguno de mis papeles. (*Abre una cartera y saca algunas cartas, que recorre.*) ¡Ah! La orden del rey don Felipe, que se niega á verme en Madrid, y me manda volverme al punto á Villa García de Campos, donde, á Dios gracias, ya estoy de vuelta.

«Ultimos consejos de Ignacio de Loyola á su amigo y señor don Rodrigo Quesada, del consejo que fué de Su Majestad el señor emperador don Carlos V.» La carta que aquel santo varón me escribió algunos días antes de su muerte. ¿Quién hubiera adivinado jamás, cuando mandaba aquella compañía de migueletes en el sitio de Pamplona, que había de verse un día al frente de otra compañía, Dios me perdone, bien diversa, y que ha de venir á ser andando el tiempo un ejército, según levanta gente para ella? Letras por cierto bien preciosas. Mal haya yo, si me canso jamás de pasarla y repasarla. (*Leyendo.*) «Os ocurre una dificultad, un escrúpulo de conciencia, mi muy caro hermano, tocante al hijo natural del emperador Carlos V, el mancebo don Juan, nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1545, quien fué cometido á vuestro celo desde la edad más tierna, y que pasa en la opinión de las gentes por hijo vuestro. En el caso, me decís, de que mi discípulo no fuese reconocido por el rey don Felipe, su hermano, á pesar de la palabra que

delante de mí empeñó al emperador, religioso actualmente en el monasterio de Yuste, ¿debo ó no publicar la verdad? Distingamos, hermano mío; distingo.» ¡Eh! ¡eh! Cuando cursaba en el colegio de Monteagudo á los treinta y cinco años ya era el escolar más sutil para estos casos de conciencia... siempre cortaba el nudo con su *distingo*.

«Si don Juan estuviese aislado en el mundo, yo os diría: *Hablad, don Rodrigo*. Pero se trata de un suceso que atañe á dos testas coronadas; no es posible, hermano, dar á luz las faltas de los grandes de la tierra sin grave escándalo de los pequeños. Considerad además cuán eminente riesgo corrierais vos mismo. Yo os propondría por tanto un término medio, que conciliase vuestros deberes con vuestro interés, cual sería acreditar el nacimiento de vuestro discípulo por medio de un instrumento que él pudiese hacer valer algún día á su riesgo y peligro; esta medida os reportaría la doble ventaja de daros tranquilidad en esta vida, y de no intimidaros en la otra...»

Ya está hecho, ya está hecho; aquí está el instrumento. «Segunda dificultad tocante á la madre del mancebo don Juan. Veo que no sabéis á quién achacar esta debilidad, y que andáis dudoso entre una real princesa de Hungría, una nobilísima marquesa de Nápoles, y una humilde cuanto hermosa panadera de Ratisbona. Bien que fuese lo más natural, mi muy caro hermano, designar la plebeya por caridad hacia las dos nobilísimas señoras, apruebo con todo vuestra dificultad. Pero en tal caso os quedará el medio, tan conciliador como el otro, de dejar en blanco el nombre de la madre.»

Es un portento para estas sutilezas. He seguido su consejo, vista la dificultad de acertar en medio de tantas fragilidades imperiales. En resumen, del lado de la madre hay confusión, tropel: por lo regular sucede todo lo contrario. (*Guardando las cartas.*) Creo que reina la mayor tranquilidad en la cámara de mi discípulo. Se habrá recogido. Hagamos otro tanto.

ESCENA III

DOMINGO, GINÉS, después DON JUAN, RAFAEL

DOM. (*En voz baja.*) Entrad, entrad, señor don Juan: ha pasado á su cámara.

JUAN. ¡Lléveme el diablo! si ha vuelto, llego tarde.

GINÉS. ¿Tarde?

DOM. Jura como un hereje.

JUAN. Como un devoto; á fe que vosotros, con toda vuestra devoción, no desconocéis ninguno de los siete pecados mortales.

DOM. Pero nos arrepentimos; si los buenos cristianos no pecasen, habría una multitud menos en la tierra.

JUAN. ¡Silencio, víbora! (*Corriendo hacia la puerta de su cuarto.*) Rafael, Rafael, soy yo.

RAF. (*Abriendo la puerta.*) En buen hora, señor don Juan; á no ser por un ardid de guerra, la plaza estaba tomada. Hemos parlamentado al través de la puerta. Pero ¡voto á Dios! la superchería no le va bien á un soldado viejo.

JUAN. Toma ejemplo de Domingo: es oficio que no le cuesta, y que le vale. (*Sacando la bolsa.*) Toma, Ginés, por tu discreción, y tú, Domingo, por tus embolismos: insignes bribones, cobráis por dos lados vuestros leales servicios.

DOM. Dios nos dió dos manos, y usamos de ellas en obsequio vuestro.

GINÉS. En obsequio nuestro.

JUAN. Esta es la primera vez que ha alterado el texto. Ea, id con Dios. (*Sacudiendo la bolsa vacía.*) He aquí dónde paran los dineros que mi buen padre me da para el rescate de cautivos.

ESCENA IV

DON JUAN, RAFAEL

RAF. Don Rodrigo puede alabarse de estar bien servido por cierto, y vuestra salvación está en buenas manos. Vuestra señoría sin embargo me había prometido volver más pronto.

JUAN. ¡Hallara yo medio de separarme de ella! lo que me pasma aún no es el haberla dejado tan tarde, sino el haber tenido fuerzas para separarme de ella; y si no me entiendes, buen Rafael, tanto peor para tí. Será señal de que no has amado jamás.

RAF. ¡Pluguiera á Dios!

JUAN. Sí, á tu modo.

RAF. Si hay dos modos, vive Dios que era el mejor; pero no se me acuerda que el amor me hiciese faltar nunca de mi puesto; ni aun después de la gloriosa jornada de Pavía, cuando hacíamos zafarrancho de las milanesas; y puedo jurar con todo á vuestra señoría que el día de nuestra partida las morenas de aquella tierra no podían

decir como nuestro prisionero: *Todo se ha perdido menos el honor.*

JUAN. ¡Oh, Francisco II! Gran rey, que admiro más todavía por sus defectos que por sus raras prendas. Ese sabía amar.

RAF. Y se batía como un león, *¡capo di dio!*

JUAN. ¡Parece que no se te olvidó todavía el italiano!

RAF. ¡Pardiez! sé jurar en todas las lenguas; y es gran recurso en el extranjero.

JUAN. ¡Vive Dios que no lo haces mal en castellano! acuérdate sino del día en que el viento jugando con el manto de doña Florinda dejó por primera vez su rostro descubierta en el paseo, y nos mostró la más peregrina belleza de que pueda envanecerse la Andalucía.

RAF. ¡Cuerpo de Cristo! ¿No os dije yo que era andaluz? Dónde hay ojos...

JUAN. ¡Y los suyos, Rafael! ¡Oh! me enloquecen de amor y de placer.

RAF. A vuestra edad, señor, decía yo otro tanto. Pero ¿adónde os llevará ese galanteo?

JUAN. ¿Galanteo, Rafael? ¿Galanteo osas llamar al amor más ardiente y más puro que ardió nunca en pecho castellano? ¿Cuál mayor prueba le pides á esa pasión que este mismo papel que me hace su violencia representar? ¿Creiste por ventura que la hipocresía repugne menos á la fiera condición de un hidalgo bien nacido, que á la llaneza de un soldado de los viejos tercios de Flandes y de Italia? Y con todo, para burlar la vigilancia de mi padre cedí á los malos consejos de Domingo.

RAF. No hay como un santurrón para tentaros á pecar.

JUAN. Yo compré los escrúpulos de su conciencia y la imbécil afición de Ginés. Yo revestí el exterior de una vocación que no tengo, pesa á mi alma; debajo de esa máscara, que me lastima, supe encubrir...

RAF. Los paseos nocturnos, las serenatas... los eternos plantones al lado del poste de la iglesia.

JUAN. ¡Ah! donde le ofrecía el agua bendita... pero confiesa que jamás dedos más hermosos de mujer han desnudado el guante para tocar los de...

RAF. Los de caballero más galán.

JUAN. Mas enamorado, Rafael, más enamorado. ¿Cómo pudiera tanta constancia no conquistarme su afecto? ¿Cómo pudiera haberme negado la puerta de su casa, á su

vuelta de Madrid, adonde estuvo en poco que mi locura y mi desesperación no la siguiesen? Si más la ví, mas conocí que no me era posible vivir sin verla. No hay otra doña Florinda; no es la pasión quien me ciega: hay en ella, ora hable, ora calle, un no sé qué, que me tiraniza y me encadena á sus plantas para siempre. Es forzoso, Rafael, es forzoso que sea mía.

RAF. En buen hora, ¿quién lo estorba? acabad una vez, como yo empezaba siempre.

JUAN. (*Con altanería.*) Será mi mujer; nos ofendes á entrambos.

RAF. (Tiene á veces un modo de mirar que me impone.)

JUAN. Sí; y pues tengo su consentimiento, mañana mismo habré de ser dichoso.

RAF. ¡Mañana! Reparad con todo en los obstáculos...

JUAN. Me agradan los obstáculos. Una boda secreta además no presenta ninguno. A mal dar, si mi padre lo llega á saber, y me deshereda, tengo aún mi espada, de que me enseñaste á servirme. Ella bastará para conservar el lustre de un apellido que nadie puede robarme, y para volverme los bienes que la fortuna varía me arrebató. Ya hizo su deber la noche que encontré junto á la puerta de doña Florinda aquellos desdichados que se me antojaron alguaciles del santo oficio.

RAF. ¡Mal año! ¿nos las habremos con el inquisidor general? ¡Mejor quisiera habérmelas con el diablo!

JUAN. Porque no crees en él.

RAF. Sí creo; pero el diablo, señor, no quema más que los muertos, y el gran inquisidor quema á los vivos.

JUAN. Dices bien; pero ¿qué te hizo ese papel, que tan mal le tratas?

RAF. No me acordaba: el pobre pagaba vuestras locuras. Domingo lo echó por debajo de la puerta. Esa al menos no pasará la visita de don Raimundo Tariz, el director de Correos y el hombre más curioso del reino.

JUAN. Con otros se desquitará.

RAF. (*Mientras que don Juan lee.*) Es una manera de confesor nombrado por el rey para toda la monarquía. Bien se puede decir de nuestro soberano que con ese director de Correos sus humildes vasallos no tienen secretos para Su Majestad.

JUAN. Convidame don Fernando Rivera á una

batida, y en soto de Su Majestad. En mala sazón por cierto.

RAF. Y en soto de Su Majestad. Reparad, señor, que la última hubo de costarnos cara. ¡Pardiez! Mejor quisiera haber muerto diez herejes en sus reinos que una liebre en sus sotos.

JUAN. ¡Necio estás! Si no fuera por el riesgo,

¿quién iría por la pieza á correr el monte? ¡El peligro, el peligro! He ahí el placer: en duelo, en batalla, en batida, venga como bien le parezca, para mí será siempre bienvenido. Si hubiese nacido rey, Rafael, estaría estrecho en mis estados; no acertaría á respirar anchamente sino en los de mis vecinos.



RAF. Así era yo en matrimonio. ¡Vive Dios! ¡Y que el hijo de un señor tan pacífico abrigue sentimientos tan atrevidos!

JUAN. ¿Eso te asombra?

RAF. No sé qué fantasías se me pasan por la cabeza cuando veo un hijo que no se parece á su padre. Pero dame siempre tentación de risa.

JUAN. Escuchemos. ¿No oiste ruido?... Alguien llega.

RAF. ¿A estas horas? Sí por cierto...

JUAN. ¡Será don Fernando Rivera! ¡Grande indiscreción! (*Corriendo hacia la ventana.*) No; dos caballeros que no conozco.

RAF. (*Que le ha seguido.*) Gran sombrero; capas pardas... figuras son misteriosas; alguna grave visita de don Rodrigo.

JUAN. Cuidemos de que no nos sorprendan aquí. Vamos de esta pieza, ayúdame á vestir el disfraz de la vocación y á desnudar este traje. Tomemos un aire santo y bienaventurado.

RAF. ¡Trabajo os mando!

JUAN. (*Deteniéndose.*) ¡Padre mío! Le engaño y le amo sin embargo. ¡Ah! Rafael, si en vez de ser padre, fuese tío...

RAF. Podría alabarse de tener por sobrino el pecador más incorregible de todas las Españas. Pardiez, si este entra jamás en un convento...

JUAN. Será en un convento de monjas.

RAF. Ahí os seguiré, sor Juana.

JUAN. Sí, fray Rafael, para absolverme de mis pecados; no ha de faltarme tarea.

(*Entrándose.*) ¡Adentro, Rafael, adentro!
RAF. (*Siguiéndole.*) ¡Lindo fraile habíamos hecho!

ESCENA V

FELIPE II, DON PEDRO GOMEZ, DOMINGO

FEL. Decid á vuestro amo que el conde de Santa Fiore quiere hablarle.

DOM. Don Rodrigo llega ahora de un largo viaje; está recogido, y temo que vuestra señoría tenga mucho que aguardar.

FEL. Aguardaré.

DOM. Salvo sea el respeto que debo á vuestra señoría...

FEL. ¿No veis ya que aguardo?

DOM. ¡Pardiez! No parece con todo que le coge acostumbrado.

ESCENA VI

FELIPE II, DON PEDRO GOMEZ

FEL. (*Arroja su capa sobre un sitial, y se sienta.*) ¡Cuán largas son las últimas leguas en un viaje!

GÓMEZ. Como todo lo que se desea ver concluir. Ya estamos, señor, en casa del antiguo criado de vuestro augusto padre. Asómbrame que aquel monarca hubiese podido escoger semejante consejero.

FEL. Vuestro asombro fuera justo si los reyes, cuando escogen un consejero, se obligasen á seguir ciegamente sus consejos.

GÓMEZ. Discreción, probidad... convengo en ello.

FEL. ¿Y eso es nada, don Pedro?

GÓMEZ. Pero sin carácter.

FEL. Los que tienen demasiado gustan de servirse de los que no tienen ninguno.

GÓMEZ. Un hombre á quien hace titubear el menor riesgo, á quien desconcierta el primer obstáculo, harto convencido de su destreza para no ser fácilmente engañado... tan alta reputación, en fin, y tan poco merecida... eso es, señor, ganar en juego sin poner.

FEL. Parece á otros muchos á quienes engrandece la mano que los mueve; y si esta los suelta, de grandes que parecían, caen en el abismo de su medianía.

GÓMEZ. Vuestra Majestad hace el retrato de sus ministros... osaré preguntar á Vuestra Majestad si la profunda meditación en que le veo sumergido... acaso el joven don Juan...

FEL. (*Levantándose.*) ¡Oh! el fastidio me pesa. No puedo permanecer en un sitio. ¿Por qué la habré visto? ¡Ah! ¿Por qué la habré visto? Tú fuiste quien me dijo en el soto de Manzanares: «Miradla, señor, qué gentil belleza!»

GÓMEZ. Señor, ¿su recuerdo persigue todavía á Vuestra Majestad?

FEL. No, no; no pienso ya en ella; no quiero pensar en ella... como decíais, don Juan llenaba mi pensamiento.

GÓMEZ. La fuerza de la sangre habló tal vez, y el corazón de Vuestra Majestad se conmueve en el punto en que va á decidir su suerte.

FEL. ¿Y qué especie de sentimiento me pudiera conmover? ¿Hele por ventura conocido bastante para quererle? ¿Dióme acaso ocasión de aborrecerle? ¿Qué bien me hizo? ¿Y cuáles pudieron ser sus delitos contra mí?

GÓMEZ. Uno cometió, señor, uno sólo.

FEL. ¿Y cuál?

GÓMEZ. El de haber nacido.

FEL. No gusto de que adivinen mis pensamientos; pero por la salvación de mi alma os juro que decís bien. Ese es su delito; la misma sangre corre en nuestras venas. Holgábame de ser solo... pero empeñé mi palabra, prometí sobre los santos Evangelios...

GÓMEZ. Roma en tierra puede dispensar de todo juramento...

FEL. ¡Roma! Me humillo ante el poder de Roma, pero Roma no hace nada de balde.

GÓMEZ. ¡Verdad profunda!

FEL. Veré á don Juan; leeré en su alma; si es quien debe ser, le reconozco, y el celibato voluntario sepultará bajo las dignidades eclesiásticas su nacimiento, sus pretensiones y su posteridad. Pero si sorprendo en él la menor inclinación á las pompas y placeres del siglo, si el espíritu de rebelión le anima, le olvido; y á poco que hubiese penetrado el misterio de su cuna... ¡Dios me inspirará!

GÓMEZ. Entiendo.

FEL. ¡Así pudiera sacudir otros recuerdos tan fácilmente como el suyo! Habré hecho por ella lo que por ninguna otra mujer. Dos veces la seguí encubierto bajo de un disfraz: me confundí entre la muchedumbre para no perder su huella, y todo por tus consejos, y todo en balde.